

DIANE DENOIR

El Sonido del Disco Que Viene

QUIEN no recuerda aquellos droláticos jueves del Solís hace unos seis años?

Eran los tiempos —sí: los tiempos— en que John Lennon empezaba a sacar la cabeza un poco más arriba que sus secuaces Paul, George y Ringo de The Beatles y componía textos que muy bien podrían haber sido firmados por Boris Vian, los tiempos en que Joao Gilberto arremetía con los aires triunfales de la incandescente bossa nova (que después fue simplemente bossa), los tiempos bautismales de la dialéctica del absurdo de Slowmir Mrozek. En esos lunes o martes nunca estuvo, en persona, ninguna de esas lumbreras, pero eran los tiempos de los Conciertos Beat, una cabalgata de música y nonsense comandada por Ernesto Bergeret y en el que despuntaron, con el tiempo se sabría, gran parte de la gente que después se haría su lugarcito en el mundo de la música popular de este país. Entre esos incipientes músicos uruguayos es que se filtraban las frases de Mrozek y de Lennon, los avances de Gilberto y de Vinícius de Moraes, las invenciones de Bergeret cuando, calavera en mano, atravesaba el penumbroso (y desnudo) escenario del Solís meditando: *To beat or no to beat*.

Con el tiempo el grupo se desharía, pero quedaría gente, como José Carbajal, como Eduardo Mateo, que seguiría su camino. Tal fue el caso de una de las atracciones más firmes de los Conciertos, una muchachita delgada de pelo larguísimo y ojos verdes que congregaba los máximos bravos de la platea cuando se atrevía con Fever y, sobre todo, cuando dejaba que su énfasis ondulante, pesado, atravesara las líneas de la canción francesa, su fuerte sin ninguna duda. Era —es— Diane Denoir, pero ha pasado mucha agua bajo el puente y aunque hoy sigue esgrimiendo el aire de una adolescente de

pelo largo y ojos verdes, el tiempo se ha encargado de dotar a Denoir de otras convicciones sobre la forma de cantar y lo que quiere cantar. Por lo pronto, la semana que viene, cuando aparezca su primer long play (De la Planta) Denoir tendrá la oportunidad definitiva de demostrar cuáles son los alcances de esos cambios, aunque basta oírla hablar para descorrer algunos resortes de esta nueva etapa.

La Vuelta al Redil

HACE un año, cuando volví de Europa, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que, dentro de mis posibilidades, debía seguir dando empuje a la música nacional. Porque acá, aunque sé que mucha gente no lo tiene en cuenta, hay gente de gran calidad e inteligencia, digo músicos y letristas, músicos y poetas, con los que se podrían hacer maravillas. ¿Por qué acá no se ha hecho un disco con poemas de Juan Cunha, por ejemplo? Misterio. Y como ése, varios más. Hay mucho para sacar a luz, se euforiza Denoir.

Apasionada, quise profesar con el ejemplo. Fue entonces que nació este disco que saldrá la semana que viene, hace un año, porque hace un año que está grabado, y recién ahora, por motivos varios y complicaciones de todo tipo, es que sale a la calle. Pero lo que importa es que para mí este disco es una muestra de lo que digo, de que hay mucho para sacar a luz. De los doce temas, ocho son de Eduardo Mateo, el músico con el que me entiendo a las maravillas, los otros son de Urbano, de Pipo y de Daniel Amaro, uno cada uno.

Pero el cambio fundamental está en el idioma de este disco: Yo empecé cantando en francés, después seguí con portugués e inglés, eso

se sabe, pero me he impuesto una exigencia que es cantar en español. Porque se supone que uno canta para que lo entiendan, ¿no? Para que lo entienda todo el mundo, es decir todo el mundo que lo rodea, y si canto en otro idioma que no sea el español hay un montón de gente que se pierde la mitad de lo que importa en una canción. No es por capricho que Bécud, Aznavour, Nicola di Bari, Mina y otros tantos tienen siempre en su repertorio canciones en varios idiomas, pero siempre primando el de su país. Bueno' yo pienso que debo cantar en español, preferentemente, porque canto para los uruguayos, lo que no quita que cuando tengo ganas de hacer un tema en francés o en inglés lo haga, pero no como antes, cuando era exactamente al revés.

En ese balance, Denoir desliza otros datos: Nunca fui a aprender canto, jamás estudié guitarra; apenas ocho años de piano de lo que no me acuerdo casi nada, aunque si me ponen una partitura delante toco. Todo lo hice de atrevida. Por eso pienso que para hacer las cosas cada vez mejor hay que concentrarse: por lo pronto empecé a estudiar canto con Nelly Pacheco. Las huellas de ese aprendizaje no estarán en el disco inminente, pero los que la conocen a través de actuaciones en cafés-concert o en teatros, en discos (Musica-sión, El sonido del año que viene, Down the Road) o actuaciones privadas, sabe que por encima de todo Diane Denoir cuenta con algo que no todos los cantantes se pueden enorgullecer: un feeling, un swing natural, espontáneo, que le ha permitido transitar por un repertorio heterodoxo en el que los canjes de idiomas ni de temas pueden empalidecer. El sonido del disco que viene servirá para alumbrar otras zonas de ese polifacético periplo. +

R. M.

